

RICHARD ZENITH

PESSOA
UNA BIOGRAFÍA

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE IGNACIO VIDAL-FOLCH

BARCELONA 2025



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Pessoa. A Biography*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2021 by Richard Zenith
© de la traducción, 2025 by Ignacio Vidal-Folch
© de esta edición, 2025 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-19958-92-1
DEPÓSITO LEGAL: B. 17 503-2025

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2025*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	7
<i>Fuentes y abreviaturas</i>	29
EL EXTRANJERO NATO (1888-1905)	33
EL POETA COMO TRANSFORMADOR (1905-1914)	301
SOÑADOR Y CIVILIZADOR (1914-1925)	641
ESPIRITUALISTA Y HUMANISTA (1925-1935)	985
<i>Epílogo</i>	1391
<i>Agradecimientos</i>	1399
<i>Cronología de la vida de Pessoa</i>	1405
<i>Árbol genealógico de la familia materna de Pessoa</i>	1414
<i>«Dramatis personae»</i>	1417
<i>Bibliografía</i>	1425
<i>Índice de nombres y obras</i>	1443

[Acantilado no se responsabiliza del contenido de ninguno de los portales de la red mencionados en el libro].

PRÓLOGO

Cuando el siempre elusivo Fernando Pessoa falleció en Lisboa, en el otoño de 1935, pocas personas en Portugal se dieron cuenta de qué gran escritor habían perdido. Nadie tenía idea de lo que el mundo iba a ganar: uno de los cuerpos literarios más ricos y extraños que haya producido el siglo xx. Aunque Pessoa vivió para escribir y aspiró, como los poetas desde Ovidio hasta Walt Whitman, a la inmortalidad literaria, mantuvo sus ambiciones en el armario, junto con la mayor parte de su universo literario. Sólo había publicado un libro de su poesía en portugués, *Mensagem* (*Mensaje*), con cuarenta y cuatro poemas, en 1934. Ganó un premio del régimen autocrático de António Salazar a obras poéticas que denotaban «un elevado sentido de exaltación nacionalista», premio cuestionable y que en el momento de su muerte era lo que más destacaba en su currículum literario.

Algunos admiradores de Pessoa, principalmente otros poetas, se sintieron desconcertados por la publicación de *Mensaje*, cuya visión mística de la historia y el destino de Portugal parecía surgir de la nada. En diversas publicaciones periódicas habían aparecido otros poemas muy diferentes, más de la mitad de los cuales estaban firmados por alguno de los tres principales *alter ego* que Pessoa empleó durante su vida, todos surgidos en 1914, poco antes del estallido de la Primera Guerra Mundial. El primero en aparecer fue Alberto Caeiro, un hombre iletrado pero con una mente filosófica que vivía en una sencilla casa blanca en el campo, donde escribía poemas en verso libre en los que sostenía que las cosas deben verse tal como son, sin interpretación. Ricardo Reis, un médico formado y clasicista apasionado, compuso odas inspiradas en Horacio que recomendaban la aceptación estoica de todo lo

que los dioses nos deparen. Un tercer núcleo de fuerza y sentimiento se constituyó como Álvaro de Campos, un elegante ingeniero naval que viajaba por el mundo, al que encantaban por igual los hombres jóvenes y las mujeres, que aspiraba a vivir al límite y firmaba poemas desenfrenados ventilando sus exaltadas sensaciones pero delatando, al mismo tiempo, su melancólica convicción de que la vida, por intensamente que la viviera, nunca era suficiente. A Campos, el más inquieto de los tres *alter ego*, no le bastaban las secciones de poesía de revistas y periódicos. En entrevistas, artículos, manifiestos y cartas al editor comentaba con ingenio cáustico la política y la cultura de su tiempo, y encontraba un deleite particular en contradecir las opiniones expuestas con toda lógica por Fernando Pessoa, de quien se burlaba por su «manía de suponer que las cosas se pueden demostrar».¹

A pesar de su personalidad asertiva, Campos sentía deferencia por Alberto Caeiro, el sereno poeta de la naturaleza, y lo reconocía como su maestro. La misma actitud compartían el doctor Reis y Fernando Pessoa, inventor del prodigioso trío, al que proporcionó biografías individualizadas, dotando a cada uno de sus *alter ego* de una particular psicología, de convicciones religiosas y políticas propias, así como de distintos estilos literarios. Demasiado radicalmente diferentes de él como para ser considerados simples pseudónimos (lo que supondría un simple cambio de nombre), Pessoa los llamó «heterónimos», y en un «Resumen bibliográfico» de sus obras publicado en 1928 explicó la distinción conceptual:

Las obras pseudónimas son del autor en su propia persona, salvo en el nombre que firma; las heterónimas son del autor fuera de su propia persona. Proceden de un individuo completamente formado que él ha creado, como las frases que pronuncia un personaje en un drama que él ha escrito.

¹ Carta firmada por Álvaro Campos y publicada en *Contemporânea*, octubre de 1922, p. 4.

Aparte de sus amigos escritores, pocos fueron los que percibieron la extraordinaria diversidad de la poesía publicada de Pessoa en portugués, la mayor parte de la cual se publicó en revistas literarias de pequeñas tiradas. Y ni siquiera sus más cercanos amigos, salvo una o dos excepciones, habían leído sus autopublicados libritos de poesía en inglés. Pessoa, que nació en Lisboa en 1888 pero pasó nueve años de su infancia en la ciudad británica de Durban, Sudáfrica, donde recibió la mayor parte de su educación, aspiraba en un principio a ser un poeta inglés, y sus 35 *Sonnets y Antinous. A Poem*, ambos publicados en 1918, recibieron una reseña favorable en *The Times Literary Supplement*. El reseñista advirtió, sin embargo, que la mayoría de los lectores ingleses deplorarían el tema de «Antínoo», donde el emperador Adriano recuerda con cariño el amor sensual de su joven compañero, que se ahogó en el Nilo. La advertencia era innecesaria, dado que ninguno de los libritos se distribuyó en el Reino Unido, y fueron ignorados en Portugal, donde la elite cultural tenía el francés, no el inglés, como segunda lengua.

Pessoa también fue escritor ocasional de crítica literaria y artículos de opinión sobre temas políticos y sociales. Muchas personas, en el momento de su muerte, no habían leído ninguno de sus poemas pero conocían muy bien su nombre, ya que ese mismo año había provocado cierto revuelo con un audaz artículo en primera plana oponiéndose a una ley para prohibir la masonería que la Asamblea títere de Salazar aprobaría por unanimidad. Sin embargo, Pessoa, sólo un mes antes de publicar su artículo, había ganado un premio patrocinado por el gobierno con su libro de poemas «nacionalistas». ¿De qué lado estaba? Nadie parecía saberlo con certeza.

Incluso para sus amigos, con quienes habitualmente se reunía en los cafés de Lisboa, Pessoa, soltero recalcitrante, era un misterio. Le encantaba hablar sobre literatura, filosofía, política y religión, pero sobre su vida personal era muy poco comunicativo. Rara vez invitaba a alguien a su apartamento,

donde se rumoreaba que tenía un gran baúl de madera lleno de cientos, quizá miles, de poemas y piezas de prosa inéditas.

El baúl ciertamente existía, y unos diez años después de la muerte de Pessoa, más de trescientos de los poemas que contenía fueron reunidos en una hermosa edición que ofrecía, en volúmenes separados, la poesía de Alberto Caeiro, Ricardo Reis, Álvaro de Campos y el mismo Fernando Pessoa. Dado que cada uno de los tres heterónimos contaba con un extenso y exquisito cuerpo de trabajo estilísticamente diferenciado de la poesía tanto de sus compañeros como del propio Pessoa, se podría decir que los cuatro poetas más grandes de la Portugal del siglo xx fueron Fernando Pessoa. Pero, por mucho que algunas personas quedaran debidamente impresionadas por aquella hazaña de autodivisión o automultiplicación poética de Pessoa, su obra seguía sin ser ampliamente leída. Y el superabundante poeta seguía siendo una figura misteriosa, ahora más que nunca. El apellido de Pessoa coincide con la palabra portuguesa para ‘persona’, pero allí parecía no haber ninguna persona, sólo poemas y personajes.

Finalmente en 1950 se materializó una imagen vívida del hombre Pessoa, en portugués, con la publicación de una biografía de setecientas páginas, obra de João Gaspar Simões, un crítico y ex coeditor de la revista *Presença*, donde Pessoa había publicado varios de sus mejores poemas, incluyendo «Tabacaria» (‘Tabaquería’) y «Autopsicografía». La biografía de Gaspar Simões tomó a los lectores por sorpresa, ya que para la mayoría aún no estaba claro que el poeta mereciera tal atención. Por ella se enteraron por primera vez de la turbulenta infancia de Pessoa, marcada por las muertes de su padre y su hermano menor, el segundo matrimonio de su madre y los años que pasó en Sudáfrica; de su abortada carrera como estudiante universitario en Lisboa, de su fallido intento de impulsar una editorial y de su trabajo como

colaborador independiente de varias empresas para las que redactaba correspondencia comercial en inglés y francés; de su único amor, Ofélia Queiroz, secretaria de una de las oficinas donde trabajaba; sobre su interés en el ocultismo y su encuentro con Aleister Crowley, un mago inglés vilipendiado en su país como ministro de Satanás; también de su vida literaria y sus amigos.

Gaspar Simões también analizaba la obra literaria de Pessoa, observándola a través de una lente freudiana, y dedicaba capítulos específicos a cada uno de los tres heterónimos. A pesar de admirar su poesía, los consideraba sintomáticos de la incapacidad o falta de voluntad del autor para concentrar todo su ser en el acto de escribir. Los heterónimos, en su opinión, eran una especie de subterfugio o una artimaña. Instrumentos ingeniosos para producir una literatura innegablemente seductora, en última instancia eran un indicio de las limitaciones del autor. Tal vez ésta sea una tesis defendible, pero si los heterónimos eran una artimaña, entonces la personalidad misma de Pessoa no sería otra cosa que un artificio. Lo que le faltaba al poeta no era concentración, sino la más mínima noción de un yo cohesivo y unificado. Éste era el «problema» del cual sus heterónimos eran la evidencia más flagrante.

Después de anunciar, famosa y antigramaticalmente, «Je est un autre» ('Yo es otro'), el joven Rimbaud, poeta aún emergente, se comparó con un pedazo de madera transformado por el destino en un violín.¹ Fernando Pessoa, quien podría haber dicho «Yo somos muchos otros», se describió como una «orquesta oculta» compuesta por numerosos instrumentos: «cuerdas y arpas, timbales y tambores».² La historia de la literatura ofrece algunos débiles paralelismos con su interpretación de una autoría múltiple. El poeta irlandés William Butler Yeats (1865-1939) creó a Michael Robartes y

¹ Carta de Arthur Rimbaud a Georges Izambard del 13 de mayo de 1871.

² *Desasosiego*, § 310.

Owen Aherne, un dúo de «colaboradores» de discordantes personalidades. El español Antonio Machado (1875-1939) también firmó algunos de sus poemas y piezas en prosa con los nombres de dos *alter ego*: Juan de Mairena y Abel Martín, el «maestro» de Mairena. Pero ningún escritor puede rivalizar con el logro de Pessoa de configurar, a través de sus heterónimos, actitudes poéticas y filosóficas radicalmente diferentes que formaron un glorioso, aunque no siempre armonioso, conjunto musical.

El primer biógrafo de Pessoa no exploró profunda ni exhaustivamente el famoso baúl, lo cual es comprensible, ya que hacerlo le habría tomado el resto de su vida, y no era rico, tenía que ganarse el pan. Algunos de los más de veinticinco mil papeles que Pessoa dejó, la mayoría de los cuales se encuentran ahora en la Biblioteca Nacional de Portugal, estaban ordenados y pulcramente manuscritos o mecanografiados, pero muchos otros consistían en textos a medio componer, fragmentarios o difíciles de descifrar. Pessoa era un escritor volcánico, y cuando las palabras comenzaban a fluir, usaba para escribir cualquier tipo de papel que tuviera a mano: hojas sueltas, cuadernos, servilletas de papel de los cafés que frecuentaba, páginas arrancadas de agendas o calendarios, el dorso de tiras cómicas y folletos, portadas de libros, tarjetas de visita, sobres, incluso los márgenes de manuscritos redactados unos días o unos años antes. Todo lo metía en su gran baúl de madera, su legado al mundo. Llevó décadas de dedicación por parte de académicos y bibliotecarios inventariar y publicar buena parte de ese tesoro textual, asombrándonos con su cantidad, calidad y heterogeneidad. Además de sus muchos poemas, sus obras de teatro, cuentos y novelas negras, Pessoa hizo traducciones, escribió comentarios políticos, textos de historia, tratados sociológicos, estudios filosóficos, teoría lingüística, teoría económica, ensayos sobre religión y psicología, autoanálisis, escritura automática y cientos de cartas astrológicas.

Aún más sorprendentes que los copiosos escritos exhumados del baúl fueron las docenas de *alter ego* desconocidos que, después de permanecer agazapados allí durante años, de repente irrumpían en el mundo como si despertaran de un sueño encantado. Algunos, como el astrólogo barbudo y filósofo esotérico llamado Raphael Baldaya, sólo estaban vagamente perfilados. Otros, como el ultrarracional Barón de Teive, cuya insistencia en vivir únicamente conforme a la razón lo llevó a suicidarse, estaban dotados de psicologías complejas. Baldaya escribió varias páginas para folletos y tratados de astrología. El Barón de Teive dejó una larga meditación en formato de diario sobre por qué había decidido quitarse la vida. Y António Mora, un filósofo y apolo-gista del neopaganismo, dejó cientos de páginas para varias obras extensas pero inconclusas. Los proyectos de escritura de otros muchos personajes no progresaron, o bien los personajes simplemente no tenían las características de los escritores ambiciosos. Maria José, una patética jorobada afectada de tuberculosis y único alias femenino de Pessoa, es la autora de una única carta de amor apasionada dirigida a un apuesto herrero que cada día pasaba al pie de su ventana, camino al trabajo. La mayoría de las personalidades literarias inventadas por Pessoa escribían en portugués; algunas, en inglés; el solitario Jean Seul de Méluret escribía en francés. Todos ellos eran proyecciones, derivaciones o metamorfosis del propio Fernando Pessoa.

¿O lo controlaban y definían? ¿Deberíamos tomarnos en serio su afirmación de que no tenía personalidad propia, de que era sólo un «médium» para los muchos escritores que brotaban en él y a quienes servía como «albacea literario»? ¿Era en verdad «menos real» que sus *alter ego*, «menos sustancial, menos personal y fácilmente influido por todos ellos»?¹ La respuesta breve y aparentemente obvia a estas preguntas es

¹ Docs. 20/74-77; *SP*, p. 262.

no. Pero, aunque sin duda a Pessoa le hizo gracia imaginar cómo reaccionaríamos nosotros, sus futuros lectores, ante sus provocativas afirmaciones sobre quién era o dejaba de ser, no podemos descartar su autodivisión en diversas personalidades subsidiarias como una mera broma literaria. Fue un juego, sí, pero un juego comenzado en la primera infancia, tan pronto como empezó a escribir, y persistió con creciente vigor en la adolescencia y la edad adulta.

Y el juego no se reducía a la literatura. Pessoa apostó al sistema heterónimo su propia identidad. Al hacerlo, no sólo reconocía la naturaleza inestable de su identidad, sino que abrazaba y encarnaba, a través del lenguaje, esa inestabilidad. Fue capaz de dar sustancia verbal y contornos a su sentido de sí mismo sin falsear su inherente incertidumbre, ya que los heterónimos, como partículas en un campo cuántico, existían en tensión dinámica entre sí. Avanzando a veces en paralelo, aunque más a menudo en direcciones diferentes, se complementaban, se contradecían y competían entre sí. A través de sus poesías discordantes y de sus ocasionalmente acalorados debates en prosa, los heterónimos estaban en continuo diálogo, entre sí y con su creador.

Si incluimos a los autores de pasatiempos y acertijos y a los humoristas inventados durante su infancia, Pessoa creó más de cien autores ficticios en nombre de los cuales escribió o al menos planeó escribir algo. Alrededor de treinta de estos pseudoautores firmaron al menos una obra literaria significativa, pero sólo hubo tres heterónimos completos: Alberto Caeiro, Ricardo Reis y Álvaro de Campos. Ésta es una distinción importante, y, sin embargo, Pessoa, en una carta a un poeta y editor de revistas, afirmó que su «primer heterónimo» fue el Chevalier de Pas, un caballero imaginario con cuyo nombre se escribía cartas a sí mismo cuando tenía sólo seis años. Habilitado por el ejemplo de Pessoa, en las páginas que siguen también usaré la palabra *heterónimo* de manera bastante laxa.

Más importante que la terminología que se emplee para designar al círculo de escritores inventados de Pessoa es el fenómeno de la autoría fragmentada, que vemos reflejado en la naturaleza irregular e inconexa de su escritura. Antes de que pudiera terminar una cosa, ya estaba en otra, y en el rastro de su inquieta pluma dejó miles de redacciones alternativas, que los académicos llaman «variantes», mientras debaten entre sí sobre cómo deben manejarse éstas en las ediciones que se publican. A pesar de su personalidad indisciplinada y sus hábitos de escritura, Pessoa logró producir una cantidad sustancial de poemas y piezas en prosa perfectos, pero esta biografía también citará a menudo los escombros de sus obras fragmentarias e inacabadas, que en su conjunto forman una especie de Pompeya literaria que oculta una cantidad incalculable de ideas curiosas, observaciones luminosas y confesiones inesperadas que aguardan a ser descubiertas. Ochenta y cinco años después de que la vida humana de Pessoa concluyera, gran parte de su prosa y varios de sus poemas inacabados siguen sin haber sido transcritos y publicados.

Pessoa lamentaba la vacilación y la inconclusión que lastaban gran parte de lo que escribía, especialmente en sus proyectos literarios más grandes, pero lo único que le cabía hacer era seguir escribiendo. En notas que apuntó en inglés cuando tenía diecinueve años, comenta su odio instintivo «por los actos decisivos, por los pensamientos definitivos». Tan pronto como algo se le pasaba por la mente:

Surgen diez mil pensamientos y diez mil interasociaciones de esos diez mil pensamientos, y no tengo ningún deseo de eliminarlos o detenerlos, ni de reunirlos en un pensamiento central, donde sus detalles sin importancia pero asociados se podrían perder.¹

¹ Docs. 27¹⁸A3/51-52; 20/12; *EA*, pp. 76-78. Aunque las líneas citadas parecen referirse claramente al propio Pessoa, proceden de un fragmento escrito pensando en un cuento («La puerta»).

La obra en prosa más importante de Pessoa, el *Libro del desasosiego*, ilustra magníficamente el principio de incertidumbre que recorre todo su universo escrito. También es el mejor ejemplo de la capacidad del autor para expandirse y sorprendernos en su vida futura. La primera edición en portugués de este diario semificcional, que consta de unos quinientos fragmentos sobre temas diversos y emplea varios registros estilísticos y tonales, no se publicó hasta 1982, cuarenta y siete años después de la muerte de Pessoa. Se basó en unos trescientos fragmentos—mecnografiados, escritos o garabateados de forma casi ilegible en los más variados tipos de papel que se pueda imaginar—, que el propio Pessoa había reunido en un sobre grande, así como en docenas de pasajes adicionales que los investigadores sacaron de sus archivos notoriamente laberínticos. Ediciones posteriores, incluida la mía, han añadido material nuevo, pero, como el autor no siempre etiquetaba sus textos, los editores no están de acuerdo sobre lo que realmente pertenece al *Libro del desasosiego*. Además, Pessoa sólo dejó indicaciones vagas y contradictorias acerca de cómo ordenar su contenido, y las ediciones rivales organizan los fragmentos de formas completamente diversas. Decir que se trata de un libro para el que no es posible una edición definitiva sería una flagrante subestimación si no fuera una declaración conceptualmente errónea, dado que no existe un libro original que reclame ser definido. Lo que el autor en verdad produjo es el no-libro por excelencia: una cantidad grande pero indeterminada de textos distintos, en su mayoría sin fechar, que dejó sin un orden secuencial, de modo que cada edición que se publica, inevitablemente fruto de una intervención editorial a gran escala, es necesariamente infiel al «original» inexistente.

Ninguna otra publicación póstuma que lleve el nombre de Fernando Pessoa ha causado más sensación, alterando radicalmente nuestra percepción crítica de este autor y su lugar en el panorama literario y cultural del siglo xx. Como

gran parte de su poesía, pero más directamente, el *Libro del desasosiego* nos habla con una franqueza desconcertante sobre los pensamientos y sentimientos humanos más secretos. El valiente orador es Bernardo Soares, supuesto autor del libro, a quien Pessoa definió como un «semiheterónimo», una variante de su propia personalidad. Pero a medida que leemos la obra, casi parece que Fernando Pessoa, e incluso nosotros mismos, somos variantes de este yo inventado, que expresa con una precisión asombrosa nuestros tácitos sentimientos de inquietud e inestabilidad existencial, y no sólo nos habla a nosotros sino también por nosotros. «El único modo de estar de acuerdo con la vida consiste en estar en desacuerdo con nosotros mismos», observa Bernardo Soares, que se niega a adaptarse al mundo. También, afortunadamente, se niega a complacerse en la autocompasión, e incluso bromea, un poco sombríamente, sobre su condición: «Me duelen la cabeza y el universo».¹

El *Libro del desasosiego* puede compararse con otro libro extrañamente maravilloso del siglo xx: *El hombre sin atributos*, de Robert Musil, novela inacabada cuyo primer volumen se publicó en 1930. A ambas obras maestras improbables las impulsan las ideas más que la trama, y sus respectivos protagonistas son observadores meticulosos que carecen de la fuerza de voluntad necesaria para ser hombres de acción. Pero la naturaleza de su pasividad difiere. «La vida práctica siempre me pareció el menos cómodo de los suicidios»,² bromea Bernardo Soares, y es el tipo de comentario que Ulrich, deficiente en cualidades, también podría hacer. Pero el antihéroe de Musil aspira a ser un gran hombre, sólo que no decide qué es un gran hombre, y su pasividad es una función de su indecisión. Es como si él y sus muchos pensamientos estuvieran esperando para siempre, en una antesala cuyo nombre es Vacilación, a que la vida real y decisiva comien-

¹ *Desasosiego*, §§ 23 y 331.

² *Ibid.*, § 247.

ce. Sus ensoñaciones son un obstáculo. Soares, aunque sea una figura más solitaria y melancólica, está satisfecho consigo mismo y experimenta momentos de considerable euforia. Es activa y militantemente pasivo. Soñar no es un vicio que le impida alcanzar sus metas; soñar es aquello para lo que vive, y organiza su existencia en consecuencia. «Soñar» incluye el mundo imaginativo de la escritura y también la imaginación espiritual.

Ulrich y Bernardo Soares están igualmente inadaptados a la tarea de vivir en la sociedad moderna, pero el matemático austríaco hace algún intento de conectarse y ser alguien en el mundo real. Para Soares, de profesión auxiliar de contable, cualquier intento de ese tipo no sólo sería inútil, sino también erróneo. La realidad, según su forma de pensar, es lo que *imaginativamente* hacemos de ella. Si las circunstancias externas modelan y determinan a Ulrich, para Bernardo Soares y su progenitor, Fernando Pessoa, son sólo combustible para la vida real—la vida del pensamiento y el sueño—. Lejos de ser un alma perdida en busca de cualidades que lo definan, Pessoa, al igual que su semiheterónimo, era una abundancia de cualidades que no casaban y no se asentaban en una sola alma.

Pessoa comenzó a hacer planes para publicar el *Libro del desasosiego* ya en 1913, el año en que empezó a trabajar en el libro, y los cientos de proyectos de publicación que elaboró para sus numerosas obras poéticas y en prosa llenarían por sí solos un grueso volumen. Sin embargo, y paradójicamente, el escritor no tenía prisa por publicar, y sólo lentamente, después de su muerte, cambió su fortuna editorial. El estado caótico del baúl, la difícil caligrafía de Pessoa y las incertidumbres de la publicación conspiraron para convertirlo, desde el punto de vista editorial, en un autor de la segunda mitad del siglo xx, ya que fue sólo a partir de entonces cuando su enorme

producción en prosa inédita, incluyendo el *Libro del desasosiego*, comenzó a publicarse. Aunque es cierto que un gran núcleo de su poesía se había publicado en la década de 1940, los primeros editores de Pessoa excluyeron no sólo poemas fragmentarios e inacabados, lo cual era razonable, sino también poemas que no coincidían con su propia estética, bastante conservadora. Buen número de poemas fascinantes, incluyendo algunos que revelan el lado más íntimo del autor, sólo en las últimas décadas han salido a la luz, reconfigurando de manera sustancial el panorama poético de su obra.

Si bien cabría lamentar que algunas de las mejores obras de Pessoa tardaran tanto en estar disponibles para los lectores, me inclino a considerar esta demora como afortunada. La verdad es que sus contemporáneos no estaban preparados para una poética de la individualidad fragmentada, como Pessoa sabía y nos explicó proféticamente a nosotros, sus lectores póstumos. En «Erostratus», un ensayo largo pero inconcluso escrito en inglés alrededor de 1930, argumentó convincentemente que el genio literario, al ir por delante del *statu quo*, nunca es reconocido en su propio tiempo. Sólo las generaciones futuras pueden verlo y apreciarlo adecuadamente. Los espectadores contemporáneos de Shakespeare, sostiene el ensayo, lo estimaron por su ingenio; sólo vagamente podían percibir el genio psicológico y lingüístico que en los siglos siguientes se convertiría en tema de miles de libros y tesis doctorales. El argumento de Pessoa no es en absoluto universalmente válido: hay escritores, como James Joyce, nacido seis años antes que Pessoa y fallecido seis años después, cuyo talento es reconocido e incluso estudiado y analizado, en vida.

El genio de Pessoa, por otro lado, se adelantó a su tiempo de tal manera que ni siquiera él pudo comprenderlo por completo. Sabía que con la creación de sus tres heterónimos principales había logrado algo maravilloso y sin precedentes, pero no parece haber comprendido la importancia de todas

las personalidades ficticias menores que engendró. Por mucho que pensara que «la naturaleza es partes sin un todo», idea crucial de Alberto Caeiro, el poeta-maestro, el más lúcido de sus heterónimos, Pessoa solía reprocharse a sí mismo ser incapaz de crear obras literarias completas. Su *Fausto* inspirado en Goethe, del que llegó a escribir varios cientos de fragmentos; el poema «Saudação a Walt Whitman» ('Saludo a Walt Whitman'), conjunto de más de veinte piezas desconectadas, y el ensayo «Erostratus», que no consta de más de cinco o seis docenas de pasajes no articulados, son casos típicos. Y rebosan de genio. Su obra más leída, el *Libro del desasosiego*, es la más fragmentaria de todas. Pessoa no podía imaginar que su dispersión literaria, que refleja fielmente nuestra inestabilidad ontológica y la ausencia de unidad intrínseca en el mundo que habitamos, lo convertiría en lectura obligada cuando llegara el siglo siguiente. Sin saber muy bien lo que estaba haciendo, nos prediagnosticó en la medida en que sus escritos hablan de nuestra sensación contemporánea de extrañamiento (cuando nos detenemos a pensar en el yo). Su universo de partes desconectadas prefiguró nuestra propia cosmovisión, desengañada por los avances en historia, ciencia y filosofía de cualquier supuesta totalidad armoniosa. Por supuesto, todo lo que existe debe conectarse en última instancia, dado que es parte de lo existente, y los cosmólogos y filósofos actuales han desarrollado algunas teorías elegantes acerca del origen del universo, ofreciendo un panorama total en el que el Big Bang vendría a ser un acontecimiento puntual. De manera análoga, Fernando Pessoa tuvo una visión asombrosamente amplia de lo que constituye un yo, la vida, el sentido.

Aun así Pessoa fue en gran medida producto de su tiempo y su circunstancia. Por disperso, confuso o incierto que fuera el yo, sabía que sólo tenía sentido en relación con otros yoes y con el resto del mundo. Aunque aborrecía la idea misma

de colaborar con otros para reformar el mundo, observó de cerca sus dramas políticos y sociales, escribiendo sobre éstos en docenas de ensayos inconclusos, así como en los artículos que realmente publicó. Dado que su vida transcurrió en unos tiempos agitados, los dramas que presenciaba tendieron a ser ideológica y/o físicamente violentos, comenzando por Durban, su hogar durante la Segunda Guerra Anglo-Bóer, que estalló en 1899. Miles de soldados, entre ellos numerosos heridos y prisioneros de guerra, pasaron por las calles de la ciudad, en la que se refugiaron multitudes de desplazados. De vuelta en Lisboa, adonde Pessoa regresó en 1905, un dictador tomó el poder, el rey fue asesinado y una revolución republicana puso fin a la monarquía en 1910. Luego vino la Gran Guerra, en la que Portugal participó imprudentemente, con desastrosas consecuencias humanas y económicas, lo que convirtió al país en terreno fértil para las ideas autoritarias que se imponían en otras partes de Europa. Una dictadura militar asumió el control del país en 1926, transformándose en el régimen de Salazar y el llamado Estado Novo ('Nuevo Estado'), proclamado en marzo de 1933, el mismo mes en que, tras concedérsele plenos poderes, Adolf Hitler se convirtió en el dictador de Alemania.

En su propio nombre y como Álvaro de Campos, Pessoa declaró su anhelo de sentir todo de todas las formas posibles. También quería verlo todo desde todos los puntos de vista posibles, por lo que sus opiniones sobre política, los problemas sociales y los acontecimientos del día no siempre eran coherentes. En los cientos de páginas que escribió sobre la Primera Guerra Mundial, por ejemplo, encontramos al heterónimo António Mora defendiendo la causa alemana, mientras que los textos firmados por el propio Pessoa generalmente se ponían del lado de los Aliados, aunque sin entusiasmo. A través de sus cambiantes ideas sobre política, que incluían algunas teorías francamente reaccionarias, así como formas de gobierno idealizadas y semimísticas, podemos ras-

trear una evolución que lo muestra, en última instancia, en virtual solidaridad con la raza humana, a pesar de su preferencia por seguir su propio camino en solitario.

Interesado en el mundo visible que habitaba, Pessoa se sintió aún más atraído por la realidad invisible. Ya de niño meditaba sobre lo desconocido, a lo que a veces, a título experimental, se refería como Verdad, y ésta se convirtió en el objeto de una búsqueda centrada en la poesía y la prosa juveniles firmadas por Alexander Search, su heterónimo inglés más prolífico. Posteriormente la búsqueda sería retomada por las otras personalidades literarias de Pessoa, que en ocasiones le dieron respuestas (Caeiro, por ejemplo, niega que haya alguna realidad o «verdad» más allá de lo que vemos), y las preocupaciones metafísicas impregnan el vasto cuerpo de trabajo que firmó con su propio nombre. Intensas lecturas de filosofía y religión, en muchas de sus variedades, desde las grandes tradiciones del paganismo, el judaísmo, el cristianismo y el budismo hasta sistemas esotéricos como el gnosticismo, la cábala, el rosacruzianismo, la masonería, la teosofía y la magia alimentaron las reflexiones de Pessoa.

Su interés por el ocultismo derivó en obsesión en sus últimos años, en que escribió varios poemas patentemente esotéricos; pero ya en sus primeros trabajos eran frecuentes las alusiones a realidades ocultas. De hecho, su persistente investigación de la literatura era también, en el fondo, una búsqueda espiritual: un medio para alcanzar la verdad, e incluso para crearla. Su creación de los heterónimos puede interpretarse como un acto religioso, como su forma de rendir homenaje a Dios, al realizar su potencial divino como cocreador, hecho a imagen y semejanza de Dios. No sólo eso, Pessoa insinuó de manera firme que los heterónimos eran un medio para transformar alquímicamente el yo, permitiéndole progresar en su viaje espiritual.

¿Y su yo sexual? Pessoa afirmaba que el sexo no le interesaba mucho, y por sus notas personales sabemos casi con se-

guridad que murió virgen. Tanto más notable resulta, pues, que escribiera y publicara no sólo el ya mencionado «Antinous» sino también un lascivo «Epithalamium» en el que una novia espera ser desflorada por el novio en su noche de bodas. No se trata de poemas cortos; cada uno tiene más de trescientos versos. Pessoa escribió otros poemas sobre el amor y la atracción sexual, en portugués, inglés y francés; y en su ficción, sus ensayos y sus notas autobiográficas aparecen reiteradamente referencias sexuales. En su aventura irregular con Ofélia Queiroz hubo algunos besos y caricias, y a dos de sus amigos más cercanos, abiertamente homosexuales, los defendió contra los ataques difamatorios en la prensa, pero fue principalmente a través de sus escritos como poco a poco llegó a comprender su propia sexualidad. No quiero decir que simbólicamente «perdiera» la virginidad, sino que perdió la vergüenza y sus ideas preconcebidas, y llegó a aceptar su castidad con ecuanimidad.

Las historias acerca del modo en que Pessoa evolucionó sexualmente, pero también como investigador de lo espiritual y pensador político y social, son como una trama entrelazada con la urdimbre de su literatura, con todos los hilos formando un tapiz variado, pero incluso esta tela amplia e inclusiva es abrumadoramente literaria, ya que su sexualidad, su espiritualidad y su ideario político se expresaron y experimentaron fundamentalmente mediante las palabras. Pessoa no copuló con ningún hombre o mujer, no rezó a ningún dios y no se adscribió a ningún partido político. Y, después de regresar de Sudáfrica a Lisboa, rara vez se alejó mucho de esta ciudad. Escribió y escribió, en múltiples géneros, sobre innumerables temas. Pero ¿qué pasa con el Fernando Pessoa de carne y hueso, con sus apetitos, miedos, penas, dolores de cabeza, cortes de pelo, recuerdos, esperanzas frustradas? ¿Cuál es la conexión entre este hombre cotidiano y el escritor compulsivo? En la primera mitad del siglo XIX y en un país en el extremo opuesto de Europa, Søren Kierkegaard (1813-

1855) experimentó una dicotomía similar. Su existencia mundana fue aún más limitada que la de Pessoa, y sus viajes fuera de Copenhague no lo llevaron más allá de Berlín. Al igual que Pessoa, terminó renunciando al amor romántico, tenía hábitos solitarios y llevó una vida exteriormente tranquila. Su vida de escritor, mientras tanto, estaba en perpetua ebullición. Más hábil que Pessoa para canalizar su genio inquieto, el filósofo danés completó y publicó libro tras libro de pensamientos provocativos transmitidos con una prosa brillante, a menudo firmados con pseudónimo: Victor Eremita, Constantin Constantius, Johannes Climacus... Se cuentan más de una docena de estos autores ficticios, que tenían puntos de vista particulares y a veces se criticaban entre sí. Dado que Pessoa no conocía la obra de Kierkegaard (traducida inicialmente al alemán, idioma que Pessoa no podía leer, pero al inglés y al francés sólo a partir de la década de 1930), el parecido entre sus universos creativos es aún más sorprendente.

La automultiplicación fue, para ambos hombres, un medio para la autorrealización, y la identidad fue un tema que ambos abordaron en sus escritos. Sin embargo, Kierkegaard era un hombre de oración y un teólogo, profundamente religioso y específicamente cristiano. Consideró que el sufrimiento es una condición necesaria para el progreso espiritual y defendió el martirio, la entrega de la propia vida por los demás o por Dios como el bien supremo. Pessoa, que renegó de su educación católica, nunca consideró el sufrimiento como una virtud. Pero lo conocía por experiencia, y fue una especie de mártir accidental, o quizá incluso voluntario y deliberado. Un día copió, en una hoja de papel arrojada al baúl que no descubrieron los investigadores hasta el presente milenio, un solo versículo del noveno capítulo de la primera epístola de san Pablo a los Corintios: «Me hice todo para todos, para poder salvar a todos».¹

¹ Doc. 133B/36; publicado por primera vez en *OE*, 5, p. 11. Pessoa citaba una Biblia portuguesa traducida de la Vulgata.

Esta inscripción, que puede servir como una más entre tantas otras explicaciones de la creación de los heterónimos por parte de Pessoa, sugiere que estaba convencido de que él y su obra no eran nada si no eran para los demás. De una forma u otra, el proteico proyecto literario de Pessoa tenía algo profundamente en común con el proyecto existencialmente religioso de Kierkegaard.

Portugal no tiene una sólida tradición de biografías, y hay que agradecer a João Gaspar Simões su esfuerzo por escribir una de Pessoa, cuya insólita empresa literaria ayudó a iluminar a varias generaciones de lectores de habla portuguesa. Ha sido criticado por dibujar un retrato algo fantasioso de su autor como un poeta maldito, bebedor y sin un centavo, y por entrevistar sólo a algunos de los amigos y familiares de Pessoa, muchos de los cuales todavía vivían en el momento en que escribió. Con una investigación más exhaustiva y rigurosa, habría podido evitar muchos de los errores fácticos de su libro, que desafortunadamente otros han repetido. Pero no estoy absolutamente seguro de que las entrevistas con otras personas que conocieron a Pessoa hubieran acercado mucho más al biógrafo a su tema. Al leer las entrevistas con los amigos de Pessoa publicadas en viejos periódicos o transmitidas por televisión, me ha sorprendido lo poco que tenían que decir. Todos coincidían en que fue un hombre tímido y de voz suave, pero con mucho sentido del humor y extremadamente cortés, impecablemente vestido, un perfecto caballero. Más útiles son las entrevistas con la hermanastra de Pessoa, que había vivido con él de niña en Durban y nuevamente cuando era adulta en Lisboa. Pese a lo cual, nada le contó acerca de su antigua novia, Ofélia, de cuya existencia sólo se enteró después de su muerte. Pessoa era fanáticamente reservado. Las docenas de cartas que escribió a su amigo más cercano, el poeta Mário de Sá-Carnei-

ro, que se suicidó, podrían haber sido una mina de oro, pero casi todas se han perdido. Las cartas a otros amigos y familiares que se conservan son relativamente pocas. Pessoa comenzó tres diarios; los tres contienen entradas muy sucintas, que dicen muy poco sobre su estado emocional; los tres fueron abandonados en un plazo de tres meses.

La fuente de información más valiosa del biógrafo es el baúl, ahora conocido como el Archivo Pessoa, que incluye cuadernos y documentos que se remontan a la infancia del escritor en Durban. Algunos de los manuscritos contienen garabatos extraños, biográficamente útiles: listas de cosas que hacer o comprar, las fechas y horas de las citas y recordatorios para escribir a tal o cual, o para comprar determinado libro, o para pagar una deuda pendiente. Pessoa hizo muchas cartas astrológicas para sí mismo, con notas interpretativas que arrojan luz sobre momentos significativos de su vida. Y hay cartas reveladoras que redactó pero no envió.

Más reveladores que cualquier carta, apunte o sus breves diarios son la poesía y la prosa literaria de Pessoa, gran parte de las cuales son autobiográficas, aunque generalmente sólo de manera parcial o distorsionada. Este recurso, más crucial para llegar al corazón del hombre, también es, por lo tanto, el más engañoso. En «Tabaquería», el heterónimo Álvaro de Campos, entre divagaciones poéticas sobre el significado de su vida en la tierra y en el universo, comenta irónicamente: «Si me casase con la hija de mi lavandera, tal vez fuese feliz». No me atrevería a inferir de estas palabras que el autor final del poema, Fernando Pessoa, tuviera debilidad por la hija de su lavandera y tal vez incluso coquetease con ella y fantaseara con el matrimonio, pero otros han asumido que fue así, y para justificar su interpretación pueden señalar que al final del mismo poema Campos mira por la ventana y saluda a un amigo llamado Esteves, el verdadero apellido de un hombre al que Pessoa conocía.

Yo he intentado construir, con todos los detalles creíbles

que he podido recopilar, una vida «cinematográfica»: cómo era Pessoa y cómo se comportaba, adónde lo llevaban sus pasos, las personas con las que interactuaba y los animados escenarios donde se desarrolló su vida. Pero esta película, por sí sola, dice poco sobre Pessoa el escritor, cuya vida esencial tuvo lugar en la imaginación. De ahí que mi mayor ambición haya sido cartografiar, en la medida de lo posible, su vida imaginativa.

«La vida de un hombre de cualquier valor es una continua alegoría», afirmó John Keats en una carta a su cuñado y su cuñada. «Lord Byron talla una figura, pero no es figurativo; Shakespeare llevó una vida de alegoría; sus obras son sus comentarios sobre ella». Shakespeare, a diferencia de Byron, no sólo no esculpió una figura impresionante; no dejó para la posteridad casi ninguna figura en absoluto. Apenas sabemos nada del hombre. Ahí radica la alegoría. En su lugar, dejó una multitud de personajes dramáticos mucho más vívidos que la mayoría de las personalidades humanas.

El legado de Pessoa no es comparable con el de Shakespeare, al menos no en términos de lo que llegó a realizar. Pero lo que imaginó, vislumbró y proyectó fue inabarcablemente vasto y variado. «¡Sé plural como el universo!», escribió imperativamente en un papel que se encontró en el baúl en la década de 1960.

Su vida, no menos que la de Shakespeare, fue una alegoría.